

Pagar el sábado

Sara M. Bernard



Image not found.

Capítulo 1

Los reporteros han recogido sus cacharros y ya se han largado. Vuelvo al cuarto para observar la estantería. , les decía a cámara. La frase me araña de sorpresa al pronunciarla, la frase tiembla en mis ojos ahora que estoy completamente a solas.

. El ordenador portátil, la taza de café, el ventanal amplio. La estantería.

y saco hábilmente, como al azar, la primera edición de "La felicidad en un huevo frito". 14 ediciones, 36 países, 10 idiomas. Nada volvió a ser lo mismo. Guardé aquel ejemplar, el primero de la primera caja que me enviaron con las copias. Sonrío, lo coloco en su sitio, miro a cámara y al entrevistador como si acabara de acordarme, cojo otro libro de tapas amarillas. . Enseño el libro de caracteres verticales y apertura de izquierda a derecha.

. Pienso en Claudia. Pienso en los ojos de Claudia reflejados en la becaria-ayudante, que acompañaba al periodista cultural y al cámara cuarentón. Una milésima de segundo, apenas, mientras me enganchaba en el pantalón la petaca del micrófono inalámbrico. El mismo brillo. Dónde estás, Claudia, te estoy esperando.

Suena la cerradura. Es ella, por fin.

Irrumpe en el cuarto de trabajo sin saludar. Se sienta frente al ventanal en el sillón monoplaza, con las piernas y los zapatos encima. Saca un paquete de L&M light y enciende un cigarrillo. A través del humo espeso me mira por primera vez.

—¿Y bien?

—Qué. No me gusta que fumes.

Encojo los hombros y me acomodo frente al ordenador, de espaldas a la ventana. De espaldas a . Busco un archivo cualquiera del procesador de textos. Abrir.

—Eso se ha terminado.

No respondo.

—Déjalo. Ahora.

Enfrento sus ojos. Es el mismo brillo en las pupilas que la noche en que nos conocimos, que la primera. Y que la última, antes de marcharse.

18 años. Claudia tenía 18 años, de eso hace... el triple de tiempo. Estudiaba Derecho, sin saber muy bien por qué. No le interesaba especialmente ser abogada, como no le interesaba lo demás. Sólo la libreta que llevaba siempre encima. La conocí en un recital de diciembre, organizado por un colectivo que impartía talleres literarios. Quería apuntarme así que acudí a la velada, donde los alumnos tenían público a quien machacar con sus inventos.

La mayoría leyó, con cierto no saber estar y vergüenza infantil, textos de autores consagrados. Algún cuento breve. Un par de poemas. Claudia lo hizo diferente. No utilizó papeles de apoyo, se lo sabía de memoria. La voz no temblaba en absoluto. Recitó dos poemas suyos. No le importaba el público, al contrario. Al público le interesó ella, en una inversión de papeles; los demás teníamos el privilegio de un pase vip para entrever secretos íntimos.

Me apunté al taller. Caí en su clase. Entablamos amistad. Salimos de copas, fuimos al cine, nos convertimos en pareja.

Ella no-estudiaba Derecho, aunque siempre había sido muy buena estudiante. Su autoestima dependía en exclusiva del acto de escribir. A la larga, la situación se volvió extraña. Ningún cumplido (de otra cosa) era suficiente. No le importaba salir o no de fiesta, ni la ropa ni ir de tiendas. No se parecía a ninguna de las chicas de 18 años que hubiera conocido.

—Levántate de ahí, Néstor —ordenó.

El cigarrillo tenía ceniza tras las primeras caladas. Con una teatral coreografía, se levantó delicadamente del sofá, avanzó una pierna, estiró

el cuerpo y dejó caer la ceniza en mitad del teclado. Levanté las manos.

—Se acabó tu tiempo. Ahora vas a pagar por todo.

En aquel año que pasamos juntos vi a Claudia marchitarse. No sabía que quería hacer con su vida, o no era capaz de expresarlo en voz alta. Pero siempre estaba entretenida enviando fotocopias a todos los concursos literarios que caían en sus manos. También había intentado con alguna revista de la ciudad, pero requerían un mínimo de curriculum u obras editadas, que Claudia por supuesto no tenía. Intenté convencerla para que enviara los originales a alguna editorial, que probara suerte.

—No creo que tenga suficiente calidad —respondía siempre—. ¿Para qué intentarlo, si sé que van a decir que no?

Por no intentarlo, se marchitaba cada vez más.

Hasta que trajo un montón de folios para que los leyera. Vino exultante. . Era un novela completa, de la que no había sabido nada hasta ese momento. La devoré en día y medio. Intenté convencerla de que la enviara a varios sitios. Se negó en rotundo.

Un día, día, decidí enviar el texto yo mismo a un editor, con fama de prestar atención a los nuevos talentos. Por probar... La respuesta superó con creces cualquier expectativa. No sólo estaban interesados, sino que querían editarla ya. Toda la maquinaria se puso en marcha con pasmosa velocidad. En unos meses estaba todo listo, la prensa especializada avisada, la novela en los catálogos.

Había un fallo. Sólo uno. El editor pensó que la novela la había escrito yo. Al ponerse todo en marcha, no deshice el malentendido. Por pereza. Porque no me dio la gana. Porque no me acordé de que era mi regalo para Claudia. El libro iba a ser un éxito, lo demás qué importaba.

Ella se enteró. Vino a hablar conmigo. Me miró a los ojos, por última vez.

Claudia se suicidó esa noche.

El libro fue un éxito, .

Seguí escribiendo, varias decenas de volúmenes. Copiando el estilo del manuscrito original, aunque nunca se repitió el éxito del

Para todos, siempre fui el autor del huevo frito.

